

mésticos árboles, para caer, todas las hojas antes lozanas y verdinas, rugosas, secas, descoloridas y tostadas, á rodar y remolinear por el suelo con la quejumbre de las cosas muertas al menor impulso de los vientos, y terminar por ser alfombra tupida y blanda, asiento de sus ocios y regocijo de sus juegos de muchacho!

Y el guayabo, el árbol predilecto de los pocos que en el patio había; el de las ramas preferidas en las trepas bulliciosas, ¡cómo levantaba en la memoria lejanos recuerdos de sufridas privaciones, encariñadas morriñas de una vida triste y sensibles murrias de una orfandad silenciosa!

El guayabo resultaba en aquel desfile de evocados recuerdos el signo máximo, la cifra primordial de todo un mundo pequeño y miserable de mezquindades humanas, de hurañas salvajes, de dudas continuas, allá en los primeros años de la vida, cuando la razón comienza á apun-

tar débilmente en la embrionaria conciencia del niño.

Y al árbol amado—el único y apetecible refugio de una niñez pobre y solitaria—con el toque de tristes remembranzas, se colgaban, cual en árbol de navidad, los juguetes todos, ya policromos y sonantes, ya valiosos y delicados, como incontrastables gollerías para el regosto loco de la chiquillería desvalida y haraposa; porque en aquel árbol se resumían, se juntaban, se compendiaban y completaban todas las alegrías, todas las risas, todos los júbilos que el niño desgrana sobre el brillo engañoso y pasajero, y el lucimiento tentador y ofuscante de larga y nutrida juguetería. . . Y aquel guayabo habría de caer, al término de muchos años, bajo el fiero golpe del hacha taladora, para borrarse su sombra buscada y temblona del suelo polvoso y revuelto, y pudrirse las que fueron horquillas de bien tendido y aprovechado columpio! . . .

Y el hacha brilló reluciente un momento su cortante filo en manos de «Pajarito,» y cayó con golpe cierto en el rechoncho y torcido tronco; crujieron las ramas; desgarróse la corteza; escurrió la savia en canales, dolorosamente, cual sangre por profunda herida; y el viejo amado, el apetecido en las holganzas infantiles, dobló su siempre altiva copa, majestuosamente, con la arrogancia regia de un Vespasiano, para morir en pie como rey absoluto de aquel patio, sin prorrumpir una sola queja, sin exhalar un murmullo, mientras permanecía allá, á la otra vera, el jobo, sin ramas, desmochado, con un sólo pie envuelto, como el de viejo inválido, por el bendaje de las enredaderas que se extendían á todo ensanche por entre los matorrales y los yerbajos.

Sobre aquel escenario, en que ignorada y calladamente pasaron los tiernos años de «Pajarito,» se levantó una casa blanca y bien ventilada, con alto y an-

cho corredor, espaciosas y muy alumbradas piezas, donde vagaba como un hálito de melancolía el recuerdo punzante de la difunta lavandera.

El albañil había satisfecho uno de los más ahincados deseos de todo hijo del terruño: poseer una casa fabricada á gusto de su dueño y conforme con el rigor de las circunstancias; pero le amargaba el gusto la idea de no haber realizado semejante proyecto en la época en que la madre vivía; natural reparo, en quien, como «Pajarito,» fué siempre ejemplar hijo, con aplauso de todos cuantos le conocían.

Ahora faltaba lo más trascendental en el curso de su vida vulgar y sencilla: la realización del viaje preparado por Sanchete de la Sanchada.

No podía «Pajarito,» en medio de su natural rustiqueza, componérselas para presentarse así, tan de rondón, delante de un padre desconocido, de quien jamás había recibido una prueba de cari-

ño, ni tratamiento de ninguna clase; imaginábasele austero, torvo, huraño; de palabra dura y de hosco ademán; poco sensible á las manifestaciones de afecto, y muy pagado de sus caudales, y muy engreído con su crédito; metalizado en toda su persona, no le interesaría nada el reconocimiento de su hijo.

Después buscaba el albañil, en lo más recóndito de su caletre, las palabras menos vulgares para la presentación y el saludo, y al fin de andar de acá para allá con este ó aquel vocablo, lo desechaba por torpe, necio y ridículo, para confesarse ignorante del prólogo de la cortezanía; pero con todo esto, no desmayaba, pues se atendería á los consejos y á las lecciones del Licenciado Sánchez Sanchete, que en eso del enlabio y la fecundia daba quinee y falta á cualquier orador de plazuela, y dejaba boquiabierto al más desenfadado cómico de la lengua.

Los días pasaban con la rapidez con

que suelen cuando no se desea que llegue pronto una fecha; era la víspera del viaje; «Pajarito» en una maleta de brún, blanco ya por las muchas lavadas, acomodó ropa de lo más completo y presentable de su baúl; en una punta en que quedaban huecos metió algunos puros; sobre tan ligero equipaje puso, enfundado, el paraguas, y hecho varios dobleces el *plaid* de color, abrigo contra las lluvias y el frío.

A ninguno de sus amigos anunció el viaje; por una idiosincrasia de su persona calló á todos el motivo de su salida, para prevenirse contra cualquiera contingencia.

Ni á su misma hija, (á quien veía diariamente), confió el secreto de su salida, y sólo Chenchó, por reconocida distinción, sabía de este asunto, tal vez porque cuando tenemos alguna dificultad en las cosas de la vida, buscamos siempre un pecho amigo á quien hacer confidente de nuestra pena ó partícipe de nuestra alegría.

En la madrugada siguiente, nuestro «Pajarito» saldría con el Licenciado rumbo a Villa de las Granadas; ya de tarde vino Sanchete á decirle: «¡Hola, amigo, estamos listos para el viaje! No hay que perder ni un solo día. Hace cuatro que con hoy y con mañana se nos ha ido la semana, y ni manera de salir del paso. Es bueno tener calma en los asuntos de esta vida transitoria, yo mismo lo predicó cada rato; pero de esto á cruzarse de brazos hay mucha diferencia, mi amigo! Es natural esa resistencia para hacer un viaje así tan repentinamente? Pero recuerde á Julio César que no se dio tiempo para combatir á Farnaces, rey del Ponto, y que al llegar describió al Senado dando cuenta de su rápida victoria con estas palabras: «Veni, vidi, vici» que en un laconismo

espartano quiere decir: «Llegué, ví y vencí.» Ya sabes: al llegar allí mucha reserva; cualquier sigilo no es poco; porque tenemos que luchar con poderosos enemigos! No importa! David venció á Goliat con una sola piedra, y David le llegaba un poco más arriba de los zancajos al gigante Goliat... porque has de saber que Goliat era un gigante! ¡Aquí la piedra eres tú! Yo David y Goliat ese diablo de Sátropa! ¡y á Roma por todo! Con Goliat! ¡con ese Sátropa! hay que traer la barba sobre el hombro; es muy ladino y taimado, no te vaya á engatuzar con sus melosidades... porque el tal es purita miel... parece que lo sacaban de paladar con miel del monte... del monte... ¡Así de empalagoso es...

es... Go... Go... Goliat!... Cuidate ta  
bién de los criados. . . . ¡éstos son esp  
por condición de su oficio y traido  
por... por... por lo mismo!

El busilis está en que lleguemos allí donde los buenos moran, por ese in-  
tiempo oportuno á presencia del señ  
Illescas. . . . Yo arreglaré de tal mane  
las cosas que en menos que te lo  
tu padre! . . . Y entonces cuidado  
con. . . con desconcertarse!

!Que te diga alto y muy clarito: ¡El  
jo! . . . ¡Sí! ¡que lo oigan todos los cir.  
cir. . . . circunstancias y hasta los tran.  
tran. . . . transeúntes que pasen por fre  
te de la casa. . . . porque si no, ¡Ad  
mi dinero! . . . Todo se echará á doc  
tú saldrás de allí como el negro del s  
món, con los pies fríos y la cabeza ca  
ca. . . . caliente!»

«Pajarito» apenas si se daba cues  
de la farfulla del Licenciado; su pen  
amiento andaba muy lejos de allí; se  
bía ido en busca de un rostro quer

ulto en un punto lejano, luminoso, que  
ara así como la estrella de los magos  
en las obscuridades pavorosas de su tris-  
de existencia; un hilillo de luz lo llevaba

El busilis está en que lleguemos allí donde los buenos moran, por ese in-  
tiempo oportuno á presencia del señ  
Illescas. . . . Yo arreglaré de tal mane  
las cosas que en menos que te lo  
tu padre! . . . Y entonces cuidado  
con. . . con desconcertarse!

!Que te diga alto y muy clarito: ¡El  
jo! . . . ¡Sí! ¡que lo oigan todos los cir.  
cir. . . . circunstancias y hasta los tran.  
tran. . . . transeúntes que pasen por fre  
te de la casa. . . . porque si no, ¡Ad  
mi dinero! . . . Todo se echará á doc  
tú saldrás de allí como el negro del s  
món, con los pies fríos y la cabeza ca  
ca. . . . caliente!»

«Pajarito» apenas si se daba cues  
de la farfulla del Licenciado; su pen  
amiento andaba muy lejos de allí; se  
bía ido en busca de un rostro quer

¿tú no tienes ninguna seña particular ó marca corporal por donde Illescas saque indicio para tenerte por su hijo auténtico? . . . Porque una de las argucias de Sátrapa es decir que tú eres un hijo . . . un hijo . . . ¡postizo! . . . ¡Esto es de mucha importancia! . . . Pero yo supongo que en el momento del asunto, no será preciso andar buscando marcas y contraseñas como en bultos extraviados, sino con que el señor Illescas te vea, de seguro que ha de gritar: ¡Es . . . es . . . este es mi hijo! . . . ¡El grito de la sangre! . . . ¡El amor paternal que has . . . has . . . hasta en las fieras estalla! . . . ¡Ya verás, ya verás cómo se viene abajo lo que Go . . . Go . . . Goliat maquina! . . . ¡Todo se de . . . de . . . derrumbará como á las trompetas de Jericó cayeron los mu . . . mu . . . muros de Jerusalem!

Ahora hasta mañana muy temprano. . . Hora fi . . . fi . . . fija: ¡las cuatro! . . . ¡Na . . . da de dormirse: procura estar allí al pri . . . mer pitazo! . . . ¡Al pri . . . pri . . . pri . . .

mer pitazo! . . . Nunca en los viajes está demás el ser puntual. . . así se toma asiento más cómodo y muy del gusto de uno, y en vez de andar . . . ¡con . . . con . . . con permiso de vd. . . . ¡Us . . . Us . . . Usted dispense! . . . Es á uno á quien le corren la cortesía y le tratan de merced. . . y da uno el lado ó el asiento si se trata de alguna joven elegante, de agraciado rostro y aris . . . aris . . . aristocrático porte. . . que para las viejas y los barbudos no se hicieron estas galanterías y semejantes com . . . com . . . complacencias!

¡He viajado tanto! . . . En ferrocarril, en vapor, en barco de vela, en diligencia, en tranvía, en guayín, en silla de manos; á caballo, á pie. . . ¡uf! una barbaridad de viajes! . . . ¡Sí, he ido de la Ce . . . Ce . . . Ceca á la Mecca! . . . ¡Conozco la República como el que más! . . . ¡Puedo en cuatro palabras decir las condiciones tipográficas, di . . . di . . . digo ¡topográficas! y eli . . . eli-

climatológicas de cualquiera población del país!... ¡Sí fui y sigo siendo pe.... pe.... periodista!... Y amigo mío, ¡el periodista tiene que saberlo todo!... ¡Y si no lo... lo... lo sabe... ¡entonces lo inventa!... ¡He inventado tan... tan... tanto!... ¡Pregúntaselo á cualquier chico de la prensa, de esos de la última pe.... pe.... pelechada!... y verás quién soy yo en cogiendo la pluma para poner los puntos sobre las íes, ó los puntos y comas en las cosas de es... es... ¡escándalo!

Con seudónimo y sin él, soy el mismo: exacto en mis aseveraciones, recto en mis juicios, ve... ve... vehemente en el decir y mag... mag... magnánimo en el conceder... Porque al enemigo que huye ¡puente de plata!... ¡Nadie me ha... ha... ha resistido en la polémica!...

¡Mi... mi... mira, amigo mío, si sigo por esta pendiente tengo asunto para hablarte cuarenta días, el tiempo que estuvo... que estuvo... ¡que estuvo Je-

sús en el desierto!... ¡Así es, que doblemos la hoja para no en... en... en-frascarnos en estos asuntos de prensa que me entusiasman y sacan de quicio... y des... des... despedámonos hasta mañana, que ya es hora de meterse á la cama para ma... ma... madrugar!»

Y Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada se fué para su hospedaje, hablando en voz alta y gesticulando como un condenado.

«Pajarito» se puso á reflexionar acerca de la aventura en que lo metía el Licenciado, para luego acostarse con buenas intenciones de coger el sueño tan pronto pusiera la cabeza en la almohada, y levantarse temprano; pero el sueño no acudía á sus párpados y la cama resultaba estrecha para contener su persona por el tanto agitarse y removerse, azuzado por los muchos y revueltos pensamientos que le bailotaban en la cabeza; sobre media noche, se durmió soñando con el viaje y aturdiéndose con la sempiterna

charla del Licenciado, que no le dejaba hueco para meter un poco de conversación en aquellas horas de camino al través de dilatados llanos y monótonos y calcinados médanos. . . .

Y en punto de las cuatro, dominando el quiquiriquí de los gallos madrugadores, se escuchó el agudo pitazo de «El Tenoya» que silbaba:

¡Píiii! . . . ¡Píiii! . . . ¡Píiii! . . .

... la aventura en que lo metió el Licen-  
... para luego acostarse con pocas  
... de coger el sueño tan pronto  
... almohada y la  
... pero el sueño no ven-  
... la cama resaltaba  
... para contener su persona por  
... tanto agitarse y removerse, arrajado  
... los micheos y revuelcos pensamen-  
... en la cabeza; sobre  
... se durmió soñando con el  
... con la sempiterna

## XXV

**E**L Licenciado no pegó los ojos en toda la noche; su temperamento nervioso lo traía inquieto desde que se acercaron las horas de la salida.

A grandes zancadas paseaba de un lado para el otro entre las reducidas paredes del cuartucho en que se alojaba; entonces del desatar de su imaginación para dispararla por un despeñadero de ideas, proyectos y aventuras de lo más novelesco y dramático que pueda concebir un autor de fuste.

«La herencia! . . . ¡Bah, será la del humo para ese zorro de Sátrapa! . . . No confío mucho en las aptitudes de «Pájaro» . . . pero, ¡qué demonio! allí estaré yo á su lado para servirle de traspunte